

XII.

El Te Deum había terminado.

Los franceses son los cómicos del mundo, y en materia de farsas, nadie les va en zaga. Para ellos el mundo es gran teatro, ellos siempre están representando. Un francés jamás dice lo que siente, siempre tiene que hablar su papel.

La voz dramática de los oficiales se dejó oír, los clarines tocaron marcha, y la tropa se arrodilló y rindió las armas ante el Dios de los ejércitos.

Tres años después, en su vergonzosa retirada no le dijeron ni *adiós* á ese Dios de los ejércitos que saludaron al ocupar la capital de la república.

El triunvirato después de despedirse de ese venerable clero que hoy vaga entre la multitud anonadado y sin distintivos, se dirigió al palacio nacional.

Volvieron á sonar las campanas que habían repicado á vuelo en todas las Iglesias desde que apareció el ejército por San Lázaro, no suspendiéndose el repique sino durante el Te Deum.

Sigió inmediatamente el desfile de las tropas francesas, que llamaban la atención por lo nuevo de sus trajes y lo arrogante de su marcha.

La junta directiva les había preparado listones, flores, coronas y versos que fueron arrojados en su tránsito.

En el momento en que el general Forey pasaba frente á la casa de los Fajardo y sus oficiales de Estado Mayor, fijaron la vista en la hermosura deslumbradora de las jóvenes amigas.

En aquellos momentos el individuo que hacía dos horas se había situado en el zaguán de enfrente, volvió también la mirada al balcón, descubriendo completamente el rostro, alterado visiblemente por la cólera.

Una casualidad hizo que Luz se fijase en él.

La joven palideció, y dando un agudo grito cayó desmayada sin que Clara pudiese impedirlo por la violencia del acceso.

XIII.

Desde aquel memorable día, quedó entronizado el poder de Napoleón III en la patria de Guautimotzín.

El procónsul francés se imponía con el primer ejército del mundo.

Al subir al escaño de la conquista ese microscópico Hernán Cortés del siglo XIX, declaró solemnemente: "Que la cuestión de las armas había terminado."

A los cuatro años, el mariscal Bazaine respondía desde Orizaba á esa declaración arrogante del jefe de la expedición francesa.

CAPITULO OCTAVO.

UN ALOJADO

I.

La señora de Fajardo no pudo comprender el motivo de la emoción de su hija, en todo pensaba menos en la verdadera causa.

El diplomático estaba contentísimo, sus ilusiones, como él decía, estaban realizadas, y sólo faltaba que sus ambiciones quedaran satisfechas.

El Ayuntamiento comenzó á emitir boletas de alojamiento, esa contribución forzosa impuesta por los invasores, como el primer síntoma de su política de opresión.

El entusiasmo de los intervencionistas rayaba en locura, todos se soñaban en la corte de Francia y en las intrigas de Versalles, sin sospechar que pudiera sucederles algo, como en la célebre comedia de *Llueven bofetones*.

—Yo necesito, señor de Fajardo, decía la rubicunda de Doña Canuta, que se proporcione un alojado, lo necesito de toda necesidad.

Bien, reflexionó el diplomático, por algo se empieza: de esa manera me pondré en contacto con el ejército intervencionista, tendré acceso á sus tertulias, y mi genio diplomático me abrirá las puertas del porvenir.

—Yo no quiero esperar un día más, porque nos tocará lo peor del ejército; necesitamos unos generales ó cuando menos coroneles, de ese grado no rebajo un ápice. En la casa hay bastantes piezas, y si no los alojaría en la nuestra.

—Después que la hayamos desocupado, dijo el diplomático.

—Se entiende, respondió Doña Canuta. Yo prepararé un alojamiento de rey. A tus oficiales los pondré al servicio de nuestros huéspedes, aunque ese hombre Manuel Estrada á quien le falta un miembro en la boca, me parece altamente conducente.

—Ese hombre es muy vivo, es mi secretario, y no consentiré jamás en que improvise de lacayo ó mozo de cordel. Un diplomático debe tener una oficina doméstica y un secretario.

—No está mal pensado, observó Doña Canuta, nos servirá á los dos; tú tienes muchas ocupaciones y yo tengo que arreglar varios asuntos.

—¿Y cómo sigue nuestra hija? preguntó Fajardo.

—Hoy se ha ido, respondió Doña Canuta, á pasar el día con su amiga Clara.

—Es necesario que se divague mi Luz, su belleza realzará en la corte donde tantos hombres acuden á presentarse. Anoche me han corrido un desaire horrible, pasé á visitar al señor Dubois de Saligny que casualmente tenía un té. Un infernal francés me tomó por un repostero, y con voz gruñona me dijo:

—Ya hacéis falta, ¿dónde están nuestros papeles?

—¿Qué papeles? le contesté; al principio creía que era alusión á los papeles diplomáticos; pero después me convencí de la realidad.

—Caballero, le dije, yo no tengo trazas de vendedor de empanadas, soy el caballero Modesto Fajardo.

El francés se recogió de hombros, y me dijo: perdone usted, caballero Fajardo, lo había equivocado con el individuo de los rabioles, el señor ministro tiene reunión esta noche y no puede recibir sino á sus invitados.

—Es cierto, le contesté, conozco la etiqueta europea, yo creo que no debo estar un sólo momento en esta casa, y dándole las buenas noches me alejé de aquel lugar tan molesto.

—Es necesario dar un *té danzante*, no se me había ocurrido hasta ahora, invitaremos al sub-secretario de Hacienda y de Relaciones, y á una parte de la oficialidad francesa.

—En un convite se arreglan más asuntos que en un ministerio, respondió con petulancia el diplomático.

—Sí, ahora lo que importa, es proporcionarse un alojamiento que es la clave de todo este negocio.

II.

—Señor, dijo la criada entrando precipitadamente, unos oficiales franceses buscan á usted.

—¡Ellos son! gritó Doña Canuta, que pasen, que pasen al momento, son los alojados, Dios mío, y sin haber preparado as pieza.

Me distinguen, dijo Don Modesto, enviándome un *alojadas* ¡oh! es preciso corresponder decentemente.

Doña Canuta se sentó en el confidente después de arreglar su traje.

Don Modesto Fajardo se compuso la peluca, tosió, se arrella-

nó en la poltrona, cruzó la pierna y esperó la llegada del *alojado*.

Un sargento de caballería del Regimiento de Cazadores de Africa, recién ascendido á subteniente, penetró en la sala donde la pareja Fajardo esperaba.

El alférez de Cazadores, era una especie de bruto con uniforme, exageradamente alto, y parecía delante de aquel matrimonio al capitán Gulliver en el país de los liliputienses.

El soldadón tenía unas manos de pasiego y unos pies de metro y medio de longitud; sus acicates estropeaban la alfombra y él estropeaba la vista con su presencia.

Mascaba tabaco y escupía continuamente; en fin era un ordinario de marca.

Lo había seguido hasta la sala un asistente con la maleta, el albardón y un par de botas horriblemente grandes, todo lo que constituía el arre del alférez Poleón.

Entró á la sala con la impavidez que á una cuadra, y tocándose el kepí, dijo:

—Buenos días,

—Buenos días, monsiur, se apresuró á contestar Doña Canuta.

—A la orden, caballero, dijo levantándose el diplomático.

—El alférez Poleón entregó el billete de alojamiento.

—Yo soy, dijo Don Modesto el dueño de esta casa que os señala como alojamiento.

—Bien, respondió el soldadón, veré la cosa por si me conviene.

—Aún no está dispuesta, respondió la señora.

El alférez creyó que le eran hostiles y se dejó caer en el confidente.

—Siéntate allí y descarga el equipaje, le dijo á su asistente, mientras esta señora va á disponer el alojamiento.

Los Fajardos se vieron asombrados.

—Lo que son las costumbres, murmuró el diplomático.

Levantóse Doña Canuta, haciendo un saludo gracioso al oficial, que no reparó sino en las narices prolongadas de la ama de la casa.

—Cambié una mirada de burla con el asistente, y dirigiéndose al diplomático, le dijo:

—Necesito tres piezas amuebladas con todo *confort*, un cuarto para mi asistente, y una buena caballeriza, con esto obsequiarán ustedes á la autoridad francesa.

—Señor oficial, creo no tener precisamente todo lo que usted necesita, pero se hará por obsequiar á la respetable autoridad francesa.

—Yo no me satisfago con *rendez vous*; si no es bastante amplia la casa, pueden ustedes mudarse donde mejor les convenga.

—Dupen, dijo dirigiéndose al soldado, saca un tabaco; pero no más uno, este caballero no tiene trazas de fumar, puesto que aún no me ha hecho ofrecimiento alguno.

—Efectivamente contestó Fajardo, no acostumbro fumar.

—Ni obsequiar á los huéspedes, añadió Poleón, encendiendo un fósforo que hizo el ruido de un cohete á la *congrève*, y comenzó á fumar un tabaco arrojando bocanadas de humo.

—No es mucha la galantería francesa, pensó el diplomático.

La buena de la tía se tarda más de lo regular y yo tengo que pasar revista á doscientos caballos.

—¡La tía! murmuró por lo bajo el diplomático, esto soldadón es un ordinario.

Poleón se levantó impaciente, y comenzó á pasearse á lo largo de la sala resonando sus pesados acicates que hacían surco en las alfombras.

—Hace un año, dijo, que estoy en este maldito país y no he encontrado una persona con quien hablar.

Ya hemos dicho que el alférez creía estar en una casa juarista y se mostraba un poco más ordinario de lo que era.

—¿Y qué noticias hay? interrogó bruscamente á Fajardo.

Este vió un lazo en esta pregunta, y respondió con énfasis:

—Nada sé, esa gente nada tiene de común con nosotros los intervencionistas.

—En Africa, continuó Poleón, poco nos faltó para acabar con aquellos animales, aquí me parece más difícil.

El diplomático abrió desmesuradamente la boca.

—Díme el tabaco de mascar, dijo el alférez á su asistente.

El soldado abrió el equipaje, no encontrándolo, se propuso buscarlo escrupulosamente en la maleta.

Comenzó á sacar la ropa blanca del alférez y todos los útiles de campaña colocando todo con mucho cuidado en las sillas de la sala, pues temía, y con razón, una paliza de su alférez.

En el fondo de la petaca estaba envuelto en un periódico el susodicho tabaco.

—¡Lo encontré! dijo con gusto, y lo llevó al oficial, quien le dió una tarascada de á media libra.

—¡Dios mío! ¿qué es esto? dijo Doña Canuta, al ver tanto trapo sobre el brocatel de sus muebles.

—Mi ropa, dijo el alférez, usted no se moleste, me instalo en esta sala, dormiré en el confidente, y este soldado en las sillas, escribiremos sobre el piano y haré mi *toilette* en la consola.

—Venga usted, señor oficial, dijo asustada la señora y con

la nariz ardiendo de cólera, venga usted á ver el alojamiento.

El oficial se paró bruscamente diciéndole á su asistente:

—Cuida de que no se extravié algo, porque en este país hay muchos ladrones.

III

El señor de Fajardo no sabía á qué atenerse.

—Doña Canuta llevó al oficial á ver las piezas interiores.

—¡Por vida de la nariz de usted! exclamó Poleón, que este sótano es abominable, me agrada más la sala.

—¡Qué salvador tan soez! murmuró la Fajardo. La casa no presta comodidad, en la caballeriza están las mulas del coche y no hay lugar para más animales. Usted no está bien aquí.—(Chúpate esa!)

—No hay más que sacarlas y quedo redondeado.

—Y á dónde las sacaremos, preguntó molesta Doña Canuta.

—Ese no es mi genio, contestó el alférez arrojando una catarata de humo en el rostro de Doña Canuta.

—¡Puil dijo la infeliz, este hombre no es francés!

—¿Quién es ese cernícalo que está en la sala? preguntó Poleón, debe ser esposo de usted, ¿no es verdad? al verlos se conoce, tal para cual; pero dejemos esos horrores y volvamos á la cuestión del alojamiento.

—Ya usted ha visto lo que podemos proporcionarle.

—Es bien poco lo que usted puede hacer, no me queda más, que con el permiso de ustedes tomar posesión de las piezas que me convengan, yo vengo en nombre de la Francia.

—La Francia, dijo Doña Canuta, es ciertamente muy respetable, pero ella no puede hacer que crezca esta habitación.

—Sí puede, replicó Poleón, con dinero todo se alcanza, no hay más que pagarme el hotel y todo queda arreglado.

La Fajardo vió abiertas las puertas del cielo, hubiera dado toda su fortuna por salir de aquella situación horrible.

—Sí, dijo violentamente, tome usted en el hotel cuanto le plazca, que yo lo pago todo.

—Arreglado, dijo Poleón, y volviendo á la sala le mandó al asistente que lo siguiera y sin despedirse del diplomático, se largó con la música á otra parte.



IV.

—¡Yo me ahogo esposo mío! exclamó Doña Canuta.

—Yo estoy sofocado, replicó el diplomático esto es espantoso, ese hombre se ha permitido bromas sobre tu nariz, eso es un ataque á la individualidad.

—Viene de Africa y trae todos los resabios de los sarracenos, dijo la Fajardo.

Don Modesto estaba contrariado visiblemente; comenzaban sus tropiezos, la diplomacia fallaba en la primera combinación.

—Ya veo, dijo con tristeza el hombre de Estado que entre ese ejército de veteranos hay héroes muy ordinarios.

—La galantería francesa se ha desmentido hoy día de la fecha, exclamó Doña Canuta. Ese soldadón es lo más brusco del mundo, y pensar que todos los jefes del ejército han tenido los mismos principios!

—Yo ocurriré á la plaza á quejarme de este desafuero; sacar en presencia de una señora, calcetines y otras piezas de ropa inconvenientes! Si Napoleón supiera estos ataques, estoy seguro que pondría un remedio eficaz en su alta sabiduría y diplomacia.

—No se portaría este alferez de la misma manera en presencia de la Emperatriz.

—¡Ya se ve que no! gritó irritado el diplomático, estaba por quebrarle una silla en la cabeza.

V.

Los acicates del alferez volvieron á resonar en la antesala.

—¡Jesús me ayude! dijo asustado Don Modesto, si me habrá escuchado.

Poleón entró sin hablar y comenzó á buscar algo que había perdido.

Los franceses no permiten nunca que se les extravié el menor objeto.

Comenzó á mover los muebles con rabia.

—¿Qué se ofrece, caballero? preguntó Fajardo.

—Qué se ha de ofrecer, respondió el alferez azotando una silla contra el suelo y haciéndola mil pedazos, que aquí la he dejado, estoy seguro de ello.

—¿Qué ha dejado usted? preguntó temblando Doña Canuta.

El alferez se encaró al diplomático.

—¡Usted, si señor, usted la tiene!

—¿La qué? preguntó asustado Don Modesto.

—Qué ha de ser, la caja de los fósforos que he dejado olvidada.

—¡Hombrel yo no me había de tomar esa friolera, ¡por Dios!

—Me han dicho que en México hay muchos ladrones, y aquí se me ha extraviado la caja.

—Quitóse el kepi para limpiarse el sudor y los fósforos cayeron al suelo.

—¡Voté al diablo! dijo, me los había puesto en el kepi; ustedes perdonen.

Y volvió á salirse precipitadamente, no sin haber recogido hasta el último cerillo.

VI.

—Esto pasa de la raya, gritó el Señor de Fajardo; se me ha insultado en mi propia casa; y tener que pagarle á ese caribe el hotel!

—¡Oh infamia replicó Doña Canuta, *ubi an franceses sumus? in quam imperiorum vivimus?* Tú debes tomar una providencia; ese alferez se ha portado como un orangutan, nos ha escupido á la cara, tú debes elevar una queja hasta el señor comandante en jefe de la expedición, para que no se repitan estos atentados contra el derecho de gentes.

—Voy á estudiar el punto para fundar mi queja, esto debe ir con todas las citas que corresponden á una reclamación tan árdua.

—Señor mío, aquí no hay más puntos que pedir, que una pena correccional para ese jefecillo.

—Es que el jefecillo tiene unos puños capaces de pulverizar la torre de San Pablo.

—Pongámonos bajo la salvaguardia del pabellón francés, dijo Doña Canuta.

—¡El nos cubra! señora ¡él nos proteja! y tomando su sombrero microscópico y puntiagudo, se precipitó en busca de la autoridad francesa.

VII.

En la puerta encontró á un hombre de mala traza que lo detuvo.

Señor, usted dispense, ¿es usted por ventura Don Modesto Fajardo?

—El mismo, respondió el diplomático, pero soy con usted, tengo un quehacer de urgencia.

—Solamente una pregunta.

—Me es imposible, voy á la plaza francesa.

—Si yo solamente deseaba

—Repito que no puedo contestar, que

—Es que voy en compañía de usted á la Plaza, y allí aclaremos el punto.

—¿Qué punto? diga usted, hombre del diablo.

—Un alférez se ha presentado en el hotel, ha tomado tres piezas, un cuarto para su asistente, y ha ocupado la caballeriza, todo esto importa cuatro pesos diarios.

—¡Dios mío! esto es una ruina, ese hombre es un hotentote, ¡un antropófago! un.....hágame usted un rebajo, estoy muerto, arruinado!.....

Yo no puedo rebajar nada, soy el mozo del hotel, y si usted no paga adelantado, le avisaremos al oficial.....

—¡No, caballero! haría usted mal; yo pagaré todo, mientras me arreglo con la legación francesa. Mr. Saligny es mi amigo, y atenderá á mi queja yo soy un diplomático, y usted comprenderá que estos negocios me afectan; voy á contar á usted lo que me ha pasado, es un lance terrible, le va á dar á usted calosfrío.

—Caballero, yo tengo quehacer y no me es posible oír la historia, y dió la vuelta dejando plantado al infeliz D. Modesto.

VII.

—Ese mozo debe ser su cómplice en el atentado que se consuma en mi contra, yo protestaré con toda la energía de que soy capaz, y se echó á andar en dirección á la casa del coronel Potier, jefe de la plaza francesa.

—¿Dónde va usted tan de prisa?

—¡Al inferno! respondió el señor Fajardo sin saber quién le preguntaba.

—Pero usted está muy afectado.

—No le importa á usted, yo soy dueño de mis afecciones.

—Yo no puedo consentir.....

—Déjeme usted con setenta de á caballo! y apretó el paso dejando á D. Serafin asombrado con su lenguaje.

Llegó á la calle de la Moneda, donde encontró un círculo de conservadores que opinaban sobre la situación.

—Señores, dijo el de Fajardo, soy la primera víctima.

—¿Cómo la primera? dijo un general del año de diez.

—Lo dicho, soy víctima de la caballería. Un señor alférez de cazadores de Africa, se ha permitido el equívoco más importuno, me ha tomado por un ladrón de fósforos.

—Usted nunca ha robado azufre, respondió el general.

—Ni no azufre, exclamó el diplomático; en ese caso haría un viaje al Popocatepetl, una explotación en grande, pero jamás descendería hasta la extracción de unos cuantos cerillos; señores, se me ha juzgado desfavorablemente por la expedición, esto es injusto y lamentable.

—Amigo mío acabo de ver una azotaina, terrible: trescientos azotes á un ratero!

—Esa legislación es magnífica; lo que es importuno es equivocarse las clases, ya no somos todos iguales, eso ha desaparecido con Juárez y su comparsa.

El cazador tendría algún motivo, señor de Fajardo, porque todo lo que se hace en Francia ó por un francés, es lógico.

—Amigo mío, la caballería no tiene lógica, repito que he sido una víctima y voy á elevar mi queja al coronel de Potier.

—Hoy está hecho un tigre, á todo el mundo manda azotar, no hay que descuidarse.

—Es el momento oportuno ¿está hecho un tigre? pues me conviene hablar con una fiera, para obtener de ella una barbaridad; porque yo necesito una venganza de cocodrilo. ¡Con cuánto placer vería bambolear en la columna al son de los latigazos á ese sargentón de todos los diablos! véanlo ustedes conózcanlo, aquel es, ese hombre que sobresale de la multitud, yo le pago tres piezas y una caballeriza. Sí, señores. ¡Dios mío! me ha saludado, ese hombre me amenaza, ya conozco su carácter.

En efecto, el alférez Poleón atravesaba para la casa de correos.

—Es un gigante, exclamó el general.

—Como que me ha roto una silla de mi ajuar con solo estrellarla contra el suelo, y sus acicates han dejado huella en mi alfombra nueva.

—Donde ese oficial la emprenda con usted, ¡desgraciado!

Me pondré bajo la protección de la Gran Bretaña, y vendrán sus escuadras á sacarme del poder y acción de ese antropófago. Usted sabe lo rápido que cunden estas noticias, me desprestigiarán, no se me llamará más que por "el ladrón de fósforos;" esta es una imprudencia, una obominación!

—Va usted á hacer el papel de la Norma pidiendo justicia contra Poleón.

—Señor general, esa es una broma de mal gusto: nos veremos.

Todo el corrillo se quedó burlando de Don Modesto, que con la mayor impavidez se dirigió á la casa del coronel de Potier.

IX.

Subió las escaleras, en el corredor habló con un francés amigo suyo que prometió introducirle en la sala de la audiencia donde el jefe hacía la *calificación*.

Esperó el diplomático su turno.

De Potier estaba sentado á su bufete con dos secretarios.

Los reos eran introducidos por el amigo del diplomático.

Como los amigos son las más veces importunos, mientras que trafan al reo, que era nada menos que un acusado de *estafa*, el diplomático fué introducido á la sala de la audiencia.

—Su aspecto chocó al jefe de la Plaza.

—Está usted, le dijo, acusado de estafa.

—Señor general, es una equivocación, yo soy un hombre decente y honrado.

—Se ha encontrado en la casa de usted la prenda robada.

—No es exacto, estaba en el mismo kepi del oficial,

—Señor mío, usted se burla, ¿cómo había de estar un caballo, en el kepi de nadie?

—No era un caballo, era una caja de fósforos.

El jefe vió la acusación.

—Caballo he dicho y así lo asegura el oficial.

—Protesto, señor, que no he estafado nada, ni entiendo lo que se me pregunta.

El intérprete le explicó que se trataba de un caballo.

—Ahora menos, replicó el diplomático, yo vengo á pedir justicia por un ultraje cometido en mi hogar.

—Que le den doscientos azotes, dijo de Potier, y entregue el caballo á su dueño.

—¡Yo azotado! exclamó casi llorando D. Modesto, esto es horrible, aquí hay una equivocación que no puedo consentir, soy inocente y no salgo de esta sala hasta que se me escuche.

De Potier hizo una seña al gendarme.

Este no se hizo esperar. Tomó por el cuello al señor Fajardo, le hizo dar tres pasos al frente con la violencia del vapor, y le dijo ¡*allez, allez!*

El diplomático estaba en una situación infernal, sudaba á mares.

No obstante sus protestas, el gendarme lo sacó del salón de justicia y lo condujo al potro del tormento, es decir, á la columna donde debían atarlo para aplicarle la vapulación.

Este hombre es un Poncio Pilato, murmuraba aterrizado el señor Fajardo.

X

La puerta se abrió y el amigo de Don Modesto presentó al jefe de la Plaza el reo de estafa del *quid pro quo*.

El señor de Fajardo caminaba directamente á su calvario, es decir, al patio donde irremisiblemente debían azotarlo.

De Potier comprendió á las primeras palabras de interrogación al reo, el equívoco, y mandó violentamente que pusieran al señor de Fajardo en libertad.

El infeliz diplomático estaba pálido como la muerte. Le habían despojado de su sombrero y de su frac.

La víctima estaba dispuesta.

Cinco minutos más y el látigo hubiera crujido en las costillas del señor de Fajardo.

Esta era la justicia francesa en México.

El diplomático volvió á la vida y maldijo en su interior la hora en que había sido partidario de la intervención.

Abochornado, hidrofóbico, feroz, salió de aquella maldita casa y llegó á la suya trémulo de coraje.

XI.

—¡Como lo oyes! dijo á Doña Canuta después de haberle contado la escena que acababa de tener lugar en la calle de la Moneda.

—Es una funestidad, esposo mío no hay justicia sobre la tierra. Juárez no hubiera hecho otro tanto.

—Conque hubiera hecho lo mismo me era suficiente, contestó el diplomático, no por eso soy menos conservador; los abusos no argüirán nunca contra un sistema que cuenta con mi protección y mis simpatías.

—Es necesario reflexionar seriamente sobre un orden de cosas que va á establecerse.



XII.

—Señor, dijo un criado, un soldado francés busca à usted.
—¡Qué no estoy en casa! ¡que no quiero estar! que no he es-
tada nunca! gritó el diplomático, yo no tengo nada que ver
con los franceses, yo soy conservador ó francés mexicano. Sal,
sal tú, querida mía, yo estoy horrorizado.

Doña Canuta salió al encuentro del francés, y volvió tra-
yendo un pliego para Don Modesto.

—Del ministerio, dijo con énfasis la señora Fajardo.

—Este pliego es altamente sospechoso, temo que contenga
una terrible sentencia, estos hombres no saben más que azotar,
el gato escaldado huye del agua fría. Rompe el sello, lee, y si
no es una desgracia, entérame, porque me siento desmoralizado.

Doña Canuta leyó el oficio y palideció de emoción.

—¡Lo dicho, exclamó el diplomático, lo menos una azotai-
na!.....

—¡Fajardo!.....¡Modesto!.....¡Modesto Fajardo! eres...eres.
...decía tímida Doña Canuta; eres un.....

—¿Un qué? preguntó el diplomático.

—¡Un.....*notable!* gritó al fin la señora; he aquí tu nombra-
miento.

El señor de Fajardo sintió una emoción superior á la de
los azotes.

—¡Notable! exclamó, ¡notable!.....me hacen justicia al fin,
yo he sido siempre una notabilidad.

Ignoraba el buen hombre que la intervención necesitaba
completar el número de una junta para imponerle la proclama-
ción de los planes escritos en las Tullerías, y que él era *uno de*
tantos, que asistieron como autómatas á esa elucubración
netamente francesa.

Avisa al teniente Estrada que corra la voz en la cocina
de la casa, porque el vulgo es buen conductor de noticias, que
avise á todo el mundo que soy *notable*. Esta distinción no se
paga con nada, se necesita de mí en esa junta para resolver
las cuestiones más graves de la política, y sí que asistiré á
ella hasta su última sesión, allí haré brillar mi elocuencia, las
galerías aplaudirán, el público me llevará en triunfo.

—El decreto, dijo Doña Canuta, dice que todo será pú-
blicamente secreto marca desde luego la diferencia entre una
Junta de Notables y un Congreso, ese palenque de gallos
donde los demagogos se ponen de oro y azul.

Auditorio no ha de faltar, yo entraré con paso firme en la
Asamblea.

Y el diplomático se pasaba pensando en el primer discurso.

— — —

XIII

—¡Señor, señor, los alojados! entró diciendo la criatura
con terror.

—¡Dios mío! ¡el alférez Poleón! este hombre quiere asesini-
narme, no hay remedio!

—Tienes el fuero de los *notables*, no veo motivo de asus-
tarse, amigo mío, dí que pasen, voy á recibirlos fríamente, ya
es otra nuestra posición.

Dos oficiales del Estado Mayor del General Forey se
presentaron en la sala.

—Señora, dijo un capitán muy apuesto, y con exquisita
galantería, el señor coronel de Potier le envía una satisfac-
ción al señor de Fajardo por la equivocación involuntaria
que ha padecido esta mañana. Ha sabido también el compor-
niento poco digno del alférez Poleón, y lo ha consignado á
alojarse á su cuartel; en cambio nosotros traemos el billete de
alojamiento.

—Caballeros, dijo el señor de Fajardo entrando en la sa-
la, la finura de ustedes me cautiva, y me siento honrado, con
que ustedes se alojen en mi casa, de la que pueden disponer
desde luego.

—Señor, mil gracias, dijeron los oficiales levantándose, us-
tedes no se molesten, á nosotros nos es suficiente una pieza pa-
ra los dos, y si la casa no presta comodidad, estamos prontos
á retirarnos.

—No lo permitiríamos, caballeros, ustedes son desde este
momento nuestros huéspedes.

El señor de Fajardo acompañó á los oficiales hasta la es-
calera, haciendo mil caravanas.

XIV

—Las chicas no han parecido, dijo el capitán á su compa-
ñero, que era un comandante, hijo de una de las familias más
distinguidas de su país.

—Sería chasco, respondió el comandante, que hubiera es-
tado de visita, y nosotros nos empaquetásemos en la casa de
estos monstruos de fealdad.

—La nariz de la señora es una verdadera curiosidad.

—No lo es menos la peluca de ese hipopótamo

XV.

-¡Lo ves! ¡lo ves! decía Doña Canuta á su esposo, se te satisface, se te priva de la presencia del alférez Poleón, y se te nombra *notable*, esta es la Francia, estos los enviados de Napoleón III!

-Qué diferencia entre estos militares y el brusco soldado de Africa-Véamos los nombres de esos caballeros, y tomando las tarjetas, leyeron:

Alfredo Hugues, capitán de estado Mayor,
Luis Demuriez, comandante del 99 de línea.

CAPITULO NOVENO.

LA CAZA DE LAS PALOMAS.

I.

Clara vivía en una de las casas más hermosas de la Ribera de San Cosme, en el *boulevard*, como diría un francés, más aristócrata de la ciudad.

Clara estaba al lado de su padre, rico comerciante español. Don Alberto Rodríguez era un hombre honrado, trabajador: luego que tuvo una fortuna, se casó con una señorita mexicana, que al dar á luz á Clara había muerto.

Clara era una niña consentida, gastadora, caprichosa, con una caricia hacía de su padre lo que se le antojaba.

Tenía un tren magnífico.

Mientras su padre estaba en el almacén ó en el escritorio, ella paseaba en su carruaje, visitaba á sus amigas, con distinción á Luz, á quien amaba tiernamente.

Don Alberto la dejaba hacer cuanto le parecía.

La memoria de la madre, de quien Clara era la reproducción palpitable, contribuía á ese consentimiento.

Clara era una joven de sociedad, tocaba el piano, cantaba admirablemente, es decir, tenía abiertas las puertas del gran mundo.

El lector querrá conocer á Clara: es una muchacha arrogante, gruesa, pero con una cintura esbelta, parece una palma del desierto, el color de la rosa es igual al de sus mejillas, unos

ojos negros, relucientes como luceros de alborada, una boca pequeña y perfumada, los cabellos como el ala del cuervo.

Clara tiene la sonrisa en los labios, sonrisa que se cambia en desdén, ó en ironía con la mayor facilidad.

Clara tiene arranques de nobleza sublimes.

Al día siguiente de la entrada del ejército intervencionista, Clara se disponía á recibir la visita de Luz.

El señor Rodríguez se acercó para despedirse.

Tenía la costumbre de presentar la frente á Clara para recibir el casto beso de su querida hija.

-Padre mío, hoy estás muy guapo con esa corbata, dijo Clara á Don Alberto, componiéndole el cuello de la camisa, es necesario que la luzcas.

-Y como que la luciré, respondió el anciano; como que es obra de tus manos.

-Parece usted novio, dijo Clara besando á su padre, le advierto á usted que soy muy celosa; vamos, siéntese usted un momento que tenemos que hablar.

Don Alberto se sentó al lado de Clara.

-Pues señor, ha de saber, dijo la joven, tomándole la mano, que los padres tienen la obligación de dar gusto á sus hijos.

-Ya sé á donde vas y no consentiré jamás en ese baile.

-Has tocado el punto y vamos á discutir: pido la palabra.

Don Alberto se sonrió, era hombre muerto.

-Señor, dijo Clara en voz de tribuna, los bailes son para bailar y las iglesias para rezar.

-En cuanto á los rezos no me opongo, dijo Don Alberto.

-Ni yo, dijo Clara, ya esos pasaron, ahora le toca su turno al baile.

-La modista se ocupa en este momento de hacerme un traje cual corresponde á la hija de Don Alberto Rodríguez, y el famoso señor Salin, uno para usted. Todo está dispuesto por mi autoridad, y yo no admito la *intervención* española.

-No es posible luchar con usted, señorita, pero le declaro que yo no asistiré, tú irás con tu querida amiga Luz.

-Me opongo, gritó Clara; irá usted porque yo le declaro á mi vez que á nadie tomaré el brazo, sino al señor Rodríguez.

-Hija mía, eso es imposible, yo no estoy bien en esas diversiones; algún día quiero que se respete mi voluntad.

-Yo la respeto, señor, dijo seriamente Clara, nos quedaremos en casa, yo no hago otra cosa que tu voluntad, y mi orgullo está en no merecer de tí nunca una reconvencción.

-¿Y querrás, dijo Don Alberto, algunas alhajas más para tu tocado? está bien, te las enviaré; pero es la última vez, cuidado con volverme á molestar, porque entonces seré inexorable.

-Eres muy bueno conmigo, dijo Clara estrechándose al corazón de su padre.